

pestad tan terrible, que les hubiera hecho perecer, si no se hubiesen refugiado en aquel lugar.

Multiplicó también el trigo de sus graneros, en un tiempo en que el país se hallaba afligido de una grande calamidad, de tal manera que no faltó el alimento de sus religiosos durante todo este tiempo. Pero entre tanto número de prodigios, merecen mencionarse dos, uno de los cuales fué la curación de un judío, á quien Dios había castigado por su perfidia. Encontrándose este desgraciado afligido por una enfermedad, para cuya curación había empleado inútilmente toda suerte de remedios, acudió, como en último recurso, á nuestro Santo, prometiéndole hacerse cristiano, si alcanzaba del Señor su curación. Oró el Santo, fué escuchado, y el judío se hizo cristiano; pero apenas pasaron cuatro dias, abjuró la fé, y volvió á caer enfermo. Dios se lo reveló al Santo, al cual nuevamente acudió el impío. Le reprendió severamente su impiedad, y obtuvo otra vez la curación, pero á la manera que un perro vuelve al vómito, volvió tercera vez á la infidelidad, y le atacó nuevamente la enfermedad del cuerpo juntamente con la del alma. San Marcelo, á quien se atrevió á acudir nuevamente, le dijo: « No soy yo el que te ha curado, sino Jesucristo: por lo tanto no es conmigo con quien has de habértelas sino con él. No pienses que has de engañarle, pues conoce los más profundos secretos del corazón: así pues, vuelve sinceramente y sin fingimiento á él, y alcanzarás la curación. » Entónces le respondió este obstinado que, ocurriese lo que ocurriese, no quería dejar la religión de sus padres, y se retiró. Pero apenas hubo salido del monasterio, se agravó su mal, y perdió la vida del cuerpo juntamente con la del alma. Cuando lo supo el Santo, no pudo ménos de llorar la perdición eterna de este pérfido, y dijo gimiendo: « No tentarás más al Señor tu Dios. »

El segundo milagro fué la resurrección de un solitario, llamado Pablo. Habiendo caido enfermo este religioso, le envió á decir que viniese á verle. Hallábase entónces el Santo en su monasterio con el obispo de Calcedonia, con quien hablaba de los dogmas de la Iglesia y de la herejía de Eutiques. Como no le fuese posible dejar al prelado, lo hizo cuando hubo concluido de conferenciar con él. En este intervalo vinieron á participarle que Pablo habia muerto, y al punto partió, pero al llegar, vió que le llevaban á la sepultura. Lleno entónces de un espíritu de fé viva, que obtiene de Dios los mayores prodigios, se puso en oración, tocó al muerto, y éste volvió á la vida, quedando maravillados todos los asistentes. Marcelo les suplicó que nada dijese; pero fué imposible ocultar un milagro tan patente.

Tantas virtudes y tantos prodigios no pudieron ménos de atraerle el respeto y veneración, tanto de los grandes como del pueblo, y los más santos personajes de su tiempo quisieron conocerle y trabar amistad con él. Un abad, llamado Sergio, que gobernaba un monasterio próximo al Eúfrates, vino á verle, atraído por la fama de su reputación, y cuando le hubo oido, reconoció en él mucho más mérito del que le habían referido. El mismo Dios quiso confirmarle en la alta estimación en que se le tenía, haciendo que á su lado se viesen dos ángeles vestidos de blanco, cuando se hallaba postrado en tierra. Eliseo, abad de un monasterio de Dessa, tuvo una revelación particular de sus virtudes, y lo vió en espíritu en una imágen tan propia de su figura, que, habiéndose hospedado en su monasterio uno de sus discípulos que quería hablarle de él, le dijo: « Hermano mio, no podeis decirme del abad Marcelo más de lo que yo sé, pues le conozco sin haberle visto. » En seguida le hizo un retrato tan propio, como si lo tuviese ante sus ojos. Gandialo, abad de un monasterio del Ponto-

Euxino, conoció también por revelación divina el mérito de san Marcelo, como manifestó á uno de los discípulos de este Santo, llamado Talasso, asegurándole que podía llamársele un segundo Moisés.

Refiere el historiador de su vida, como una prueba de su piedad, el respeto que profesaba á las reliquias de los Santos, y como era muy conocida su devoción, le traían estas reliquias de la Persia, de la Iliria y de otros países, recibíendolas con grande gozo, y congregando á todos sus religiosos para depositarlas decentemente en el lugar más honroso que les tenía preparado. Dios le revelaba algunas veces que se las traían, y se preparaba con especiales prácticas de religión á recibirlas con grande devoción. Cierta persona le presentó un día una, que decía ser de san Urcisino, mártir; la recibió solemnemente, y celebró una fiesta en honor de este Santo. Sin embargo, cuando asistía al oficio de la noche, ocurrió á su mente que pudiera ser falsa esta reliquia; pero Dios le confirmó su autenticidad, haciendo que uno de sus religiosos conociese este pensamiento, y éste, acercándose al oído del Santo, le dijo: « No os entregueis, padre mio, á una duda temeraria: estas reliquias son efectivamente del gran Urcisino. » Este pasaje de su vida hace suponer que fué elevado al sacerdocio. Así lo cree Bulteau. Y en efecto, segun confesión de Tillemont, que no le dá más que el título de diácono, casi todos los abades de estas comarcas eran sacerdotes.

El día dos de Setiembre del año 465 estuvo la ciudad de Constantinopla á punto de ser consumida por un horroso incendio, de que hablaremos más extensamente en la vida de san Daniel Estilita. Súpolo san Marcelo, levantó sus manos al cielo, pidiendo perdón con lágrimas amargas por los pecados del pueblo, y al punto cesó el incendio. Aún alcanzó á esta ciudad un beneficio más señalado, pues tres años más tarde apareció con él Geladio á la

cabeza de los católicos, y alcanzó del emperador León, que no daría el título de César á Patricio, hijo de Aspar, mientras no abjurase el arianismo. Entónces se vió que un jóven de gran estatura y porte majestuoso caminaba á su lado, como para defenderle. Tenía su semblante resplandeciente de luz, y estaba cubierto de una vestidura más blanca que la nieve, y ceñido con una faja de oro. Le acompañó hasta el hipódromo, en donde se hallaba el emperador, y despues de la audiencia le acompañó hasta las puertas del monasterio, y desapareció. Hizo también sentir á esta casa el poder de Dios en un caso, en que, segun Baronio, movió al emperador León, á que, en 28 de febrero de 466, diese una ley célebre en favor de los asilos. He aquí esta historia.

Ardaburo, padre de Aspar, se hallaba indignado con uno de sus oficiales, y éste no se dirigió á ninguno de los grandes de la corte, ni aún al emperador, para apaciguar la cólera de su señor. No dejaba de tener motivo para obrar de esta manera; pues creyó no encontrar en ninguna parte un asilo tan seguro como en la celda de san Marcelo. Habiéndolo sabido Ardaburo, envió á decir al Santo, que le entregase á aquel hombre. Rehusólo Marcelo, y Ardaburo le hizo grandes amenazas. Viendo éste que el Santo era inflexible, envió á algunos de sus más valientes soldados, con órden de prender á mano armada á Juán, si no se lo entregaban de buén grado. A la caída de la tarde llegaron al monasterio, y lo cercaron; pero no por esto se intimidó Marcelo; ántes bién les invitó á pasar y á comer, lo cual aceptaron. Al llegar la noche, hicieron gran ruido con las armas, y esto intimidó á los monjes, que vinieron á decirle: « ¿ quereis que perezcamos todos por salvar á un hombre? ¿ preferis la vida de un extranjero á la de vuestros propios hijos? Nuestra iglesia y nuestro monasterio van á ser arruinados. Entregadles, pues, á ese hom-

bre, que ha venido aquí para nuestra desgracia. »

San Marcelo estaba muy seguro del auxilio divino, y no temía á los hombres. Así es que, á pesar de las instancias que se le hicieron, no cedió. Al llegar el día, se vió que su fé viva había sido la causa de su resistencia : pues los soldados estaban dispuestos á atacar al monasterio, cuando el soldado de Jesucristo les opuso las armas de Dios siempre victoriosas. En lo más alto del monasterio apareció un globo de fuego, y en medio una cruz más brillante que este fuego, y desde él un poder celestial lanzó dardos encendidos, cuya vista no podían soportarse. Bajando en seguida los soldados las armas, se postraron en tierra, y oraron para aplacar la cólera divina. Los religiosos fueron testigos de este prodigio, que no esperaban, y empezaron á cantar para dar gracias al Señor. Este milagro aplacó á Ardaburo, y le obligó á conceder su perdón á Juán.

Aspar y Ardaburo eran tan poderosos, que contrabalanceaban la autoridad del emperador, y no pudiendo poseer esta dignidad á causa de su adhesión al arianismo que no querían dejar, y á que el pueblo de Constantinopla profesaba horror, habían dado el imperio á León con la esperanza de poseerlo más tarde. Pero este emperador quiso gobernar y no ser gobernado, y llegaron las cosas á tal punto, que no atendiendo al consejo de sus émulos, abrieron el abismo de una irreconciliable enemistad.

En este tiempo san Marcelo tuvo una visión, en que se le dió á conocer la ruina de Aspar y de toda su casa. Habiéndose entregado al descanso despues de la oración de la noche, vió en sueños un león y un dragón que luchaban encarnizadamente. El dragón era de un tamaño extraordinario, y ostigaba fuertemente al león con su cola. El león agitaba la suya en señal de dolor ; pero inútilmente, porque no podía asestar sus golpes contra el dragón. Por último, habiendo perdido sus fuerzas á causa de las heridas

que había recibido, cayó á tierra sin movimiento ; pero poco despues recobró sus fuerzas, se levantó, y acometió tan esforzadamente al dragón, que lo dejó tendido en tierra, y mortalmente herido. Fácilmente comprendió san Marcelo lo que significaba esta visión, y predijo que Aspar y Ardaburo no tardarían en sucumbir bajo la autoridad del emperador, y perecerían con toda su raza. Así sucedió efectivamente, como puede verse en los historiadores.

La excelente opinión que se tenía en todas partes de las luces y probidad del Santo, atraía á su lado á muchas personas, que venían á constituirlo en árbitro de sus diferencias, y aún cuando su ejercicio favorito era la oración y el recogimiento, no dejaba de prestarse á estos actos de caridad. De esta manera puso término á pleitos de mucha importancia, y reconcilió á muchas personas enemistadas. Pero para no ser agoviado por la multitud de negocios que se le consultaban, daba en primer lugar oídos á los que sufrían trabajos espirituales, consolándolos con saludables consejos, y escuchaba despues á los que le hablaban de negocios temporales, dándoles consejos dictados por la caridad, por la justicia y la equidad. Sus cartas de recomendación, tanto para el emperador como para los grandes, fueron siempre muy bién recibidas, á causa de la grande veneración que todos profesaban á su santidad.

Demostró brillantemente su celo por la fé ortodoxa, cuando se unió á los obispos católicos para condenar la herejía de Eutíques. Suscribió al concilio de Constantinopla, que había hecho celebrar san Flaviano contra este herejarca, y sostuvo constantemente la buena causa contra lo que en su favor se habia hecho en el falso concilio celebrado en Éfesa, en 449, por las intrigas del eunuco Crisafó, protector de Eutíques, y que engañó al emperador Teodosio el jóven. Se vé por las cartas que le escribió Teodoreto, cuán recomendable le hizo la firmeza con que sostuvo la

fé católica. Fué también uno de los que en 451 dirigieron una exposición al emperador Marciano contra Eutiques y algunos monjes de su secta.

Desde esta época nada de particular sabemos de su vida. Pero hallándose próximo el fin de ella, muchos religiosos, tanto de su monasterio como de otros comarcas, y piadosos seglares vinieron á oír sus últimos consejos, que les dió tan sabios, como podía esperarse de su prudencia y caridad, y despues de darles su bendición, durmió el sueño de los justos, habiendo pasado sesenta años en los ejercicios de la vida religiosa. No consta ciertamente el tiempo de su muerte, pero se cree que acaeció el año 485.

Un ilustre personaje llamado Luciano, hijo de Constante, hombre dotado de grandes talentos, había renunciado á todas las esperanzas del siglo, para entrar en su monasterio, é hizo en poco tiempo tantos progresos en la virtud, que excedió á los más ancianos. Entre otras muchas virtudes, se notó en él que jamás se le había visto encolezado, ni hablar inútilmente, ni dar motivo de disgusto á ninguna persona. Viendo que su santo padre espiritual iba á morir, derramó más lágrimas que ninguno otro, y pidió morir en su lugar, ó no sobrevivirle. Viéndole el Santo tan afligido, le dijo: « No tengas pena, hijo mio, pues no tardarás en seguirme.» Luciano pasó cinco dias sobre su sepulcro, al cabo de los cuales le apareció el Santo, y le dijo, que había alcanzado del Señor lo que deseaba. Tres dias despues murió.

Un gran señor llamado Estudio, que había sido cónsul, fundó en vida de san Marcelo un monasterio extramuros de Constantinopla, hacia la puerta Dorada, bajo la invocación de san Juan Bautista, y puso en él monjes ascetas. De esta manera volvieron á la ciudad imperial el año 463. Este monasterio fué muy célebre por los grandes hombres que florecieron en doctrina y santidad. De él se habla

mucho en la historia, y aún cuando no habiese dado otros frutos que á los santos Nicolas y Teodoro, Estuditas, valen estos solos por muchos, en atención á los importantes servicios que prestaron á la Iglesia. Se dice que este monasterio fué habitado por mil religiosos.

Teodosio el Lector refiere un caso que sucedió hacia el año 613, y que no debemos omitir. Habiendo muerto el superior, Timoteo, eutiquiano é intruso en la silla de Constantinopla en lugar de san Macedonio, quiso ir al monasterio para poner á otro en su lugar. Pero el que había sido elegido para este cargo le dijo, que no podía recibir la ordenación de un hombre que había sido condenado por el concilio de Calcedonia. Entónces Timoteo dijo: « Anatema á todos lo que rechacen ó anatematicen el concilio de Calcedonia. » En su consecuencia, el superior elegido se dejó ordenar. Juan, su arcediano, que era maniqueo, le desaprobó esta acción, y corrió al palacio á informar al emperador, que era eutiquiano. Este príncipe hizo comparecer á Timoteo, y le trató con gran desprecio, pero este impío, que se mofaba de Dios y de los hombres, negó el hecho, diciendo: « Anatema á todos los que admitan el concilio de Calcedonia. » Esto es suficiente para dar á conocer el espíritu de la herejía, y demuestra la adhesión de los estuditas y ascetas al concilio de Calcedonia. Lo cual se confirma por la persecución que sufrieron en tiempo del emperador Zenón, de que hablaremos en el lugar correspondiente.